

Estrategikon.

Cecaumeno

Traducción: Juan Signes Codoñer

Alianza Editorial. Año 2000

CÓMO SE DEBE ACTUAR ANTE UNA REBELIÓN

Si alguien se rebela y se proclama a sí mismo emperador, no te sumes a sus planes y aléjate de él. Si puedes combatirle y derrotarle, combátelo en nombre del emperador y de la paz general. Pero si no puedes combatirlo, aléjate, como te digo, de él, y una vez que te hayas apoderado con tus hombres de alguna fortaleza, escribe al emperador y lucha cuanto puedas por cumplir con tu obligación, para que tú, tus hijos Y tus hombres seáis honrados por ello. Pero si no tienes hombres para apoderarte de una fortaleza, déjalo todo y huye junto al emperador. Si no te atreves quizás a huir por causa de tu familia, permanece entonces con él, pero que tu mente esté junto al emperador, y, cuando puedas, realiza una acción que sea digna de alabanza: cuando estés con el rebelde, atráete a algunos amigos de confianza que tengas y acaba con él. Ten fe en el emperador de Constantinopla y tu esperanza no se verá frustrada. Escríbele en secreto.

Si resides en una plaza fuerte de Oriente o del Occidente que posea ciudadela y se produce un alzamiento, mantente apartado, reúne algunos hombres y combate al rebelde. Pero si todo a tu alrededor todos quieren alzarse, reúne cuantas provisiones de grano y forraje tengas y llévalas al interior de la ciudadela. Compra además también más grano y llévalo allí para así tener

almacenado grano suficiente para ti, tu familia, tus servidores y los hombres libres que deberán salir contigo al frente de batalla montados en los caballos. Que también hagan lo mismo los demás, grandes y pequeños, por indicación tuya. Si tienes dentro el producto de las cosechas, puedes tener la certeza de que cada vez que los enemigos intenten combatirte, los derrotarás con ayuda de Dios y los pondrás en fuga. Pero si no actúas como yo te ordené, entonces padecerás lo que padecieron los padres de Niculitzas en Larisa en tiempos de Samuel.

Mientras mi bienaventurado abuelo Cecaumeno estuvo en Larisa con mando sobre la Hélade, el tirano de Bulgaria, Samuel, intentó muchas veces ocupar Larisa, bien por la guerra, bien mediante alguna treta, pero nunca lo consiguió, pues él lo rechazaba por las armas y conseguía burlarle. Unas veces lo perseguía combatiéndolo y otras veces aplacaba con regalos a él y a los suyos. Actuando así sembraba libremente la tierra, cosechaba sus frutos y mantenía la independencia de su propio pueblo. Pero cuando vio que Samuel tenía mucho poder, le tributó homenaje y así, ganándose de nuevo, pudo sembrar y cosechar. Con todo, escribió a nuestro porfirogéneto Señor Basilio lo siguiente: «Yo, mi divino señor, cuando me vi obligado por el rebelde, di a los ciudadanos de Larisa la orden de tributarle homenaje y así sembraron y cosecharon en Dios. Para defender vuestro imperio he acumulado alimentos suficientes para alimentar a los de Larisa durante cuatro años y, mira, de nuevo son súbditos de tu imperio». El emperador, cuando se enteró, aceptó complacido la treta de mi abuelo.

iii. Después de tres años nombró a otra persona estratega de la Hélade. Puesto que mi abuelo ya no residía en Larisa, sino que estaba en la Ciudad, y el nuevo estratega no tenía facultades como para urdir ninguna estratagema, vino Samuel y no les dejó cosechar. Ahora bien, en la época de siembra les daba libertad para sembrar, pero en el verano no les permitía salir para nada. Así hizo durante tres años, hasta que les faltó la comida y

tuvieron que probar perros, burros y otros animales impuros. Cuando incluso éstos les faltaron, recogieron los cueros que yacían tirados en los basureros, los hirvieron y se los comieron intentando así aplacar su hambre. Una mujer incluso, cuando se murió su marido, se comió su muslo. Samuel tomó la ciudad finalmente sin derramar sangre, pues la presión del hambre se había hecho insoportable. Sometió a todos los ciudadanos de Larisa con excepción de los parientes de Niculitzas, pues a éstos sólo les obligó a cambiar de residencia sin causarles daño, dejándolos libres con todos sus bienes y diciéndoles: «Estoy muy agradecido al emperador porfirógéneto Basilio, porque se llevó de la Hélade a vuestro consuegro Cecaumeno y me libró de sus tretas».

Si piensas, hijo mío, que no puedes combatir a los que se han rebelado contra el emperador, y que no tienes medios para poder sembrar o cosechar, entonces llega a un acuerdo y que tus hombres tributen homenaje al rebelde. Mientras te lo ganas, ya sea con regalos, ya sea con astucia, escribe al emperador contándole todo y busca cómo salvarte. Cuando te escriba el emperador haz lo que te escriba y no perderás la ciudad del emperador ni sus gentes.

Te voy a contar qué le pasó a Niculitzas de Larisa durante el reinado del bienaventurado emperador Ducas. El emperador sentía afecto hacia él y confiaba en sus palabras. Un día éste le dijo: «Mi buen Señor, es seguro que se va a producir una rebelión en la Hélade. Si me das licencia, te contaré qué es preciso que se haga». Pero el emperador le instó a callarse. Él por su parte supuso que le había ordenado callar entonces debido a los presentes y lo dejó estar por esa vez. Así pues, después de muchos días, se dirigió al protosincelo, el Señor Jorge de Corinto, Y le recordó que le dijera al emperador que quería encontrarse con él a solas por causa del levantamiento que se iba a producir. Éste sin embargo le daba largas un día tras otro. Debido a este asunto, empleó treinta días en la Ciudad, y al no obtener

respuesta, se marchó presa de la irritación.

Entonces apareció un cometa celeste, de esos que los expertos en estas cosas llaman vigas, y que dicen son de mal agüero. Era el tal cometa grande, semejante a una viga y regresaba cada noche al cielo como la luna. También se rumoreaba por entonces que Roberto el Franco se preparaba a marchar contra nosotros. Así que, dolido porque el emperador no había querido hablar con él y lleno por otro lado de temor a causa de los rumores y de la aparición de un meteoro como aquél, se marchó. Al llegar a su casa de Larisa, cuando tuvo noticias más exactas sobre la conspiración, escribió al emperador contándole la conspiración tal cual era. Pero éste, -por qué, no sé decírtelo- no le dio respuesta alguna.

Por su parte, los que preparaban la tal revuelta no se atrevieron a revelarle ni el más pequeño detalle de sus planes. Éste, pues no recibía respuesta del bienaventurado emperador, estaba muy afectado. Quiriendo apoderarse de los cabecillas de la conspiración, pensó lo siguiente, que si se apoderaba de ellos y no los cegaba o decapitaba al instante, sus compañeros inevitablemente se podrían alzar contra él -pues se habían conjurado con los valacos y tricalitas- y quizás le vencerían y acabarían con él de mala manera. Pero que si quería hacerles frente, se producía la guerra entre ellos y de esta forma algunos resultaban muertos o él se apoderaba de algunos cegándolos, el emperador le diría sin duda: «Mío es este territorio y no tuyo. Me has llamado la atención sobre estos hechos una y dos veces, y si hubiera querido, te habría escuchado.

Pero tú, sin recibir ninguna orden mía ¿cómo te atreviste a cegar o a matar a unos hombres? Actuaste así porque envidiabas su prosperidad», pues el bienaventurado emperador era una persona muy sensible a estas cuestiones. Así pues, después de considerar en su interior que si actuaba de ese modo no le reportaría ningún beneficio por haber actuado como al margen de las órdenes del

emperador -pues los insurrectos quemarían sin duda su casa, asesinarían a sus dos hijos, a sus dos hermanos, Teodoro y Demetrio, e incluso a sus hijas, y en cuanto a él, llevándole a la Ciudad le someterían a todo tipo de torturas y le dejarían morir de hambre permaneció en su casa como si no supiese nada, aunque tenía muchos informantes por los que se enteraba de cuál era el propósito de aquéllos.

Éste era el siguiente. Ellos habían tomado la siguiente decisión respecto a él: «Si queremos lograr algo sin él, no habrá forma de que podamos llevar a término nuestro plan, pero si por el contrario queremos matarle, tampoco así podremos conseguir nada y él quizás nos desbarate los planes, pues tiene hombres y tropas propias y la ciudad y la comarca obedecen a lo que él diga. Mejor revelémosle lo que hemos dispuesto». Así lo hicieron. Enviándole pues a sus cabecillas, a Juan, antiguo protospatario, el Gremionita, y a Gregorio Bambakás, le revelaron todos sus planes. Él por su parte hizo como si desconociera todo y les dijo: «Para cualquier cosa que hagáis, contad conmigo».

Su único propósito sin embargo era, si podía, sembrar la disensión entre ellos cuando estuvieran todos reunidos. Éstos tenían su punto de reunión por las mañanas en la casa de Beriboes el valaco. Pero cuando hicieron saber a los valacos que «también el protospatario Niculitzas Delfinás se ha sumado a nuestros planes», pues era por aquel entonces protospatario, se alegraron muchísimo y quisieron todos ir a verlo. Éste, sin dilatarse nada, se anticipó a ellos y se dirigió al lugar en el que estaban reunidos. Cuando éstos lo vieron llegar de repente, bajaron corriendo todos a su encuentro para presentarle sus respetos y así que hubo él desmontado del caballo, lo recibieron y lo condujeron hacia donde estaban diciéndole: «Nosotros te consideramos nuestro padre y señor y no queremos hacer nada sin ti, pues no es justo; y ya que viniste, dinos acerca de este plan, qué es lo que podemos hacer». Aquél les dijo: «No es buena cosa este asunto, pues en primer lugar nos enfrentamos a Dios al

hacerle nuestro enemigo, y luego al emperador, el cual puede también movilizar a muchos bárbaros contra nosotros y aniquilarnos.

Pero es que además es ya junio y ¿cómo podremos cosechar cuando estalle el conflicto?». Cuando les dijo además a los valacos: « ¿Dónde están ahora vuestros rebaños y vuestras mujeres?», éstos le dijeron: «En los montes de Bulgaria» pues tienen esta costumbre, que sus rebaños y familias permanezcan desde el mes de abril hasta el mes de septiembre en cumbres elevadas y lugares muy fríos. «Entonces», dijo, «¿es que no os saquearán los que están allí, que son todos declarados partidarios del emperador?». Cuando los valacos escucharon esto, se dejaron convencer por sus palabras. Pero los demás dijeron: «Nosotros no renunciamos a este plan y afrontamos este riesgo». No obstante, dejaron de tratar todo esto y se sentaron a comer. Pero cuando se levantaron de la comida, una vez descansados, fueron de nuevo al mediodía todos juntos a verle, tanto valacos como búlgaros, pues los habitantes de Larisa les habían hecho cambiar de opinión.

Sus conciudadanos de Larisa, en efecto, les habían dicho: «Este plan ha quedado ya al descubierto, sobre todo porque sus dos hijos están en la Ciudad, Gregorás y Pancrates. Él nos pone todo tipo de trabas para que así se entere el emperador y se apodere de nosotros». Así pues, convencidos por estas palabras, le dicen: «Todo cuanto dijiste está muy bien, pero no conviene que dejemos esto». Entonces, puestos todos de acuerdo, como le tenían a su merced, le dijeron: «Desde hoy te consideramos nuestro caudillo y señor, y te elegimos para que nos ordenes qué debemos hacer en esta revuelta». Éste los rechazó, una, dos y mil veces, pues pretendía la paz. Luego llegan algunos amigos de él, que le hacen promesas en nombre de Dios y le dicen: «Si no te sumas a su plan, te matarán con sus propias manos». Por ello, aun sin quererlo, me convertí en su caudillo y queriendo cazar fui cazado.

No obstante, al confiarle toda la dirección de aquel inicuo plan, hicieron que se apartara de los mandamientos divinos. Para que no quedara destruida y arrasada toda aquella tierra y no fuera masacrado y esclavizado el pueblo, puse en marcha una sedición. Así asumió la responsabilidad por todos. Salió de su casa hacia Farsala y el Pleres. Este Pleres es un río que tiene una llanura amplia a ambos lados y que fluye por medio del territorio de los valacos, separándolos en dos partes. Estableció allí su campamento y agrupó a los valacos y búlgaros que se congregaban allí, consiguiendo reunir así un gran contingente bajo su mando.

Envió luego un batallón a Kitros, con la orden de destruir esta plaza fuerte, como así sucedió. Pero escribió al emperador: «Te dije personalmente que con toda seguridad se iba a producir una rebelión, y luego te volví a escribir una vez llegado a mi casa sobre esto; ahora expongo a tu Serenidad cómo están las cosas.

Créeme por lo menos que se rebelaron y me hicieron su caudillo. Da pues gracias a Dios de que yo tenga a las tropas bajo mi mando y pueda acabar con la rebelión, si es que me escuchas y rescindes las subidas de impuestos que decretaste públicamente sobre ellos», pues había subido los impuestos muchos nomismas. El emperador le despachó unos formidables juramentos asegurándole que «Con dono cuantas decisiones tomé desde que comencé mi reinado hasta el de hoy. Que ningún hombre tuyo sea deportado de su tierra o encarcelado, que no se le exija carga fiscal ni del Estado ni del emperador, sino que todo lo condono por temor a Dios». Pero antes de recibir un juramento así había marchado contra la plaza fuerte de Serbia.

Esta fortaleza está situada sobre altas peñas y rodeada por barrancos profundos y salvajes. Marchó pues allí, pero ni los que estaban allí querían combatir contra él, ni los rebeldes contra ellos, de forma que al llegar allí estacionó a sus tropas.

Puesto que acampaba frente a ellos en la llanura que se extendía al pie de la fortaleza, les hizo llegar su petición de que descendieran junto a él. Ellos descendieron todos a la vez y una vez que desmontaron de sus caballos permanecieron frente a él en medio del campamento con los brazos cruzados diciendo: «Nosotros somos tus siervos, y si lo ordenas, te aclamamos ahora mismo». Pero éste les dijo: «Sé que si os dejo libres y os vais, desde el mismo momento en que entréis en la fortaleza, no guardaréis el acuerdo que establecisteis conmigo. Sería conveniente que yo os retuviera aquí, pero puesto que es una vieja ley militar que el que marcha por propia voluntad al encuentro del emperador, de un tirano o de un estratega no sea retenido por éste sin él quererlo, sino que marche de nuevo libremente a su campo, por este motivo también yo os dejo libres.

Marchad pues contentos a vuestras casas, aunque si habéis mentido no os voy a respetar la vida». Éstos, después de hacerle mil promesas, se retiraron, pero cuando subieron a la fortaleza después de que éste les instara a irse, empezaron a insolentarse tal como acostumbran los ignorantes. Aquél sintió traicionado su acuerdo y empezó a asediarlos por culpa de su insolencia. Pero no quería atacarlos porque no se hubieran sumado voluntariamente a la rebelión y para conseguir que le tributaran homenaje, sino por sus tropas, para que no se alarmasen y diesen cuenta de él por traidor. Les atacó pues y combatí por sus insolencias y arrogancia durante dos días. Al tercero se hizo con ellos.

Después de esto llegaron el icono y las garantías escritas del bienaventurado emperador, conteniendo juramentos, promesas de cargos y otras muchas cosas.

Sin embargo los que sirven a los emperadores hablan según lo que a ellos les parece, pero no actúan con rectitud, sino que la mentira y la injusticia tienen asiento en su boca y el engaño en sus labios. Habían querido que no se produjera la paz entonces, sino que la tierra se manchara con matanzas y sangre de

cristianos. Mi consuegro sin embargo, aunque había caído en tamaña desgracia de forma imprevista, rogó a Dios que le salvaguardara de ella y que se estableciese la paz. El buen Dios se apiadó de él y así pudo con su Gracia establecer la paz allí donde quiso. Tomó pues los juramentos y los sagrados iconos de Cristo, de nuestro Dios, de la Madre de Dios y de otros muchos santos que están en los iconos y dio las gracias a Dios por interceder en favor de la paz.

Convocó entonces a las tropas, sacó los iconos a la vista de todos y se los mostró. Les leyó también el juramento y les instó a hacer la paz y regresar cada uno a su casa. Pero ellos no querían y decían: «Has empezado la guerra, ¡no busques la paz!». Mientras él insistía en el camino de la paz, aquéllos disentían y daban grandes voces como las que acostumbra a proferir una tropa indisciplinada. Así pues ordenó que se encerrase de entre los valacos al que habían elegido como su jefe, Szlavotás el Karmalakes, y de entre los ciudadanos de Larisa a Teodoro Escribón Petastós. Todos los demás, al ver que se llevaba a tales hombres para matarlos, se estremecieron y postrándose todos ante él le pidieron que se compadeciera de ellos diciendo: «Haremos lo que nos ordenes».

Así pues, doblegado por sus súplicas, se compadeció de ellos y cogiendo a los más insignes de los valacos y ciudadanos de Larisa, se dirigió al encuentro del catepano de Bulgaria, Andrónico Filocales, el que le había enviado el juramento del emperador. Lo encontró en Peterisco, a donde se había replegado lleno de temor hacia él, pues no esperaba que de verdad buscara la paz. De allí se dirigió a ver al bienaventurado emperador en la Ciudad, el cual lo recibió bien, y así pudo moverse sin temor por la Ciudad durante cuatro meses junto con los notables valacos y lariseños que habían acudido con él. Después de esto el emperador lo envió al bienaventurado Patriarca de Constantinopla, el Señor Juan Xifilino, para ver si el patriarca podía romper el juramento y él podía revocar todo lo que había

acordado antes con él para acabar entonces con Niculitzas y los que estaban con él. Pero el santo patriarca ratificó más bien el juramento y, compadeciéndose de él y de todos los que con él estaban, le absolvió de la acusación. El emperador sin embargo mostró abiertamente su irritación y lo desterró al distrito de los Armeniacos, a la plaza fuerte de Amasia, encerrándolo en la llamada cárcel de Marmarote.

Mientras permanecía en ella escribió a mi padre Cecaumeno todo lo que le había ocurrido a lo largo de su vida. Al morir el emperador, subió al trono en su lugar Romano Diógenes, un hombre que no olvidaba sus amistades: el mismo día de su proclamación escribió a Jorge de Corinto, protosincelo y pretor de los armeniacos, para que no le impidiera ya más ir a la Ciudad. El bienaventurado Diógenes era en efecto amigo suyo desde el comienzo de su carrera, cuando era catepano. Le escribió así: «Alégrate, y regocíjate, porque Dios me ascendió a la dignidad imperial. Ven rápido para que pueda agasajarte mi majestad imperial». Así hizo y él regresó rápido a la Ciudad imperial, prosternándose ante él y dándole las gracias porque se había acordado de él. Pero el emperador no le hizo ningún otro favor, si se exceptúa que nombró protospatario a su hijo Gregorio, que era ya espataro candidato, y que subió el sueldo de Pancracio, que era su hermano. Debido a las envidias de la gente, le ordenó que regresara a su hacienda e hiciese lo que le pareciese, pues tenía un buen concepto de él. Así pues permaneció en su hacienda durante cuatro años descansando y dándole gracias a Dios y a él, pues aunque eran muchos los que le calumniaban, el emperador no daba crédito a ninguno.

Cuando el bienaventurado fue hecho prisionero por los persas, él regresó de nuevo a la Ciudad imperial. Era entonces, juez del Peloponeso y la Hélade el muy preclaro sebastofofo señor Nicéforo, un hombre insuperable en todos los aspectos, lleno de sensatez, con probada experiencia en la práctica militar y administrativa, y, aunque eunuco, magnánimo, dotado de una

gran perspicacia y agilísimo en el pensar y el hablar. Éste lo vio y se encontró con él, y quiso hacerle algunas recomendaciones, pues pasaba por Larisa al ser relevado del cargo, y así le aconsejó ir a la Ciudad imperial, donde ocupaba el trono imperial desde su juventud el bondadoso y muy cortés Señor Miguel. Considerando pues aquél que el consejo era bueno, fue a prosternarse ante el emperador y el emperador lo recibió en audiencia. Pero permaneció ocioso muchos días y sufrió mucho, porque tenía muchas obligaciones inexcusables. Después de esto lo nombró comandante e intendente de los lanceros y de la flota. Puesto que Dios vio que la rebelión no se había producido por maquinación suya, inspiró en el corazón del muy augusto emperador Señor Miguel un sentimiento de piedad y compasión hacia él, pues nunca nadie se atrevió a sublevarse contra el emperador e intentado destruir la paz de Roma que no hubiese perecido él mismo. Por eso pues os aconsejo, queridos hijos míos que Dios me concedió, que permanezcáis en el bando del emperador y le serváis, pues el emperador que reside en la Ciudad de Constantino vence siempre. Esto es lo que os aconsejo, a vosotros y a vuestros hijos.

El pueblo de los valacos es en extremo desleal y depravado, no tiene fe en Dios como debiera, ni tampoco es leal al emperador, a los parientes o amigos, sino que procura engañar a todos, miente muchas veces y roba más, rompe con facilidad los formidables juramentos que ha prestado cada día a sus propios amigos, se hermana y emparenta con los más simples con la aviesa intención de engañarlos valiéndose de estos vínculos y nunca fue fiel a la palabra dada) ni siquiera con los más antiguos emperadores de los romanos.

Fueron conquistados por el emperador Trajano que los había combatido y aniquilado completamente. Su rey (llamado Decéballo) fue muerto y su cabeza suspendida en una lanza en medio de la Ciudad de los romanos. Éstos son los llamados dacios y besos que vivían antaño cerca del río Danubio y del Saos que ahora llamamos río Sava (donde habitan desde hace poco los

serbios) en lugares escarpados y resguardados. Confiados en el terreno (simularon amor y sumisión a los antiguos emperadores de los romanos) mientras saqueaban las tierras de los romanos saliendo de sus fortalezas. Éstos se enfurecieron por ello y, (como dije) los destruyeron. Éstos abandonaron esas tierras (dispersándose por todo el Epiro y Macedonia) pero la mayor parte de ellos se estableció en la Hélade.

Son muy cobardes y tienen el corazón de liebre: su misma audacia les viene de la cobardía. Os aconsejo pues que no confiéis en éstos para nada. Si se produce alguna vez una rebelión y ellos simulan amor y lealtad (jurando por Dios que mantendrán su palabra) no les creas. Es mucho mejor para vosotros no tomarles juramento para nada (ni prestárselo tampoco) sino tratarlos como a unos infames antes que dar o recibir juramentos. Es preciso pues no confiar en ellos para nada (aunque debes simular que tú también eres su amigo). Pero si alguna vez se produce una sublevación en Bulgaria (como la que mencioné arriba) aunque juren o proclamen que son amigos tuyos no confies en ellos.

Si introducen a sus mujeres e hijos en una plaza fuerte de la Romania) dales tu autorización para que los introduzcan, pero que ellos permanezcan dentro de la ciudadela y los hombres fuera. Si quieren entrar a ver a sus familias, que sean conducidos dentro dos o tres y cuando éstos salgan, permite que otros tantos sean conducidos dentro. Estate muy atento a los muros y a las puertas. Si actúas así, estarás seguro. Pero si dejas entrar a muchos a ver a sus familias, entregarán la plaza a traición, te morderán como una serpiente y entonces te acordarás de lo que te aconsejé.

Pero si te atienes a esto, podrás tenerlos sometidos a ti y quedarás libre de toda preocupación.